

Preparándonos para Su Venida: El Proyecto de Renovación Divina

Si el Adviento es tiempo de preparación para la venida de Cristo, las palabras de San Pablo en **Filipenses 1,4-6.8-11** son como el plano de construcción para este trabajo. El apóstol nos asegura que *“el que comenzó en ustedes la buena obra la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús”* (Filipenses 1,6). Es un alivio saber que Dios está a cargo de la obra pesada, ¿no? Pero no nos engañemos: esto no significa que podemos cruzarnos de brazos. Como decía San Agustín, *“Dios te creó sin ti, pero no te salvará sin ti.”*

Este pasaje nos invita a imaginar nuestra alma como un proyecto de remodelación. Piensa en ti mismo como una “casa vieja” llena de potencial, pero con detalles que necesitan mucho trabajo. Cuando Cristo llamó a tu puerta, tú abriste pensando que venía a arreglar un par de goteras. Pero no. Entró con planos enormes y dijo: *“Vamos a derribar estas paredes.”* ¡Y ahí empezó la aventura! Por eso San Pablo reza que nuestro *“amor siga creciendo más y más en conocimiento y en sensibilidad”* (Filipenses 1,9). Renovar requiere discernimiento: no podemos simplemente pintar encima del moho o construir en terreno inestable.

Paso 1: Confía en el Arquitecto

San Pablo comienza recordándonos que confiemos en el plan de Dios: *“El que comenzó en ustedes la buena obra la irá perfeccionando”* (1,6). Orígenes interpreta esto como el compromiso inquebrantable de Dios con nuestra santidad. Dice: *“Así como el alfarero transforma un pedazo de barro en un vaso útil, Dios nos está moldeando constantemente, si lo dejamos.”*

El problema es que, muchas veces, resistimos. Dudamos de los planes del Arquitecto porque implican derribar cosas que nos gustan. Ese rencor que guardamos por años: *“Es parte del carácter de la casa.”* Ese hábito que sabemos que deberíamos cambiar: *“Pero así soy yo.”* Sin embargo, Cristo insiste: no vino para hacer una simple renovación cosmética; vino a preparar nuestra alma para su venida gloriosa.

Paso 2: No Confíes Solo en el “Hazlo Tú Mismo”

Algunos somos entusiastas del *“hazlo tú mismo”* espiritual. Creemos que podemos hacerlo todo solos: impresionamos a Dios con nuestras oraciones largas o con penitencias heroicas. Pero San Pablo nos recuerda que es *“Dios quien comenzó la buena obra”* (1,6), no nosotros. San Juan Crisóstomo lo explica: *“Incluso la inclinación al bien viene del Señor; Él planta esa semilla en nuestros corazones.”*

Esto no significa que nos quedemos de brazos cruzados. ¡Claro que no! Hay que cooperar con la gracia. Dios nos da las herramientas, pero somos nosotros quienes tenemos que usarlas. Imagina que Dios te da un martillo, pero tú eres quien tiene que clavar los clavos.

Paso 3: Acepta el Desorden

Renovar es desordenado, y el Adviento no es la excepción. San Pablo reza para que seamos *“puros e irreprochables para el día de Cristo”* (1,10). Eso puede sonar abrumador, pero no dejes que el perfeccionismo te paralice. San Ambrosio nos da una perspectiva alentadora: *“No es el inicio de la gracia lo que nos perfecciona, sino perseverar en ella.”*

Así que, si tu alma todavía parece una zona de construcción al llegar la Navidad, no te preocupes. Lo importante es que los andamios estén colocados y el trabajo siga adelante.

Paso 4: Prepárate con Alegría

El tono de San Pablo es de alegría y gratitud. Escribe: *“Los llevo en el corazón, porque todos ustedes participan conmigo en la gracia”* (1,7). Nota que no dice: *“Estoy frustrado porque van demasiado lento en su camino de santidad.”* Los Padres de la Iglesia nos recuerdan que Dios tiene infinita paciencia con nosotros. San Basilio Magno dice: *“La gracia de Dios no se agota por nuestras fallas, sino que se renueva cada día.”*

Esto debería liberarnos de la ansiedad por hacerlo todo perfecto. El trabajo de Dios en nosotros es un maratón, no una carrera de velocidad. El Adviento no se trata de terminar la obra, sino de empezar a correr hacia la meta.

Una Advertencia con Alegría

Sin embargo, hay un peligro: pensar que, como Dios terminará la obra, nosotros no tenemos que hacer nada. Este pensamiento es como vivir en una casa con el techo a medio terminar y decir: *“Está bien, no es mucha lluvia.”* Si descuidamos la oración, los sacramentos y las obras de caridad, retrasamos el proceso de renovación. San Jerónimo nos advierte: *“El descuido de las pequeñas virtudes lleva a grandes vicios.”*

Deja que Cristo Sea tu Maestro de Obra

En este Adviento, dejemos que Cristo tome el control del proyecto de renovación de nuestra alma. No será fácil. Habrá días en los que querrás despedirlo porque sus planes parecen demasiado ambiciosos. Pero recuerda las palabras de San Pablo: *“El que comenzó en ustedes la buena obra la irá perfeccionando.”*

Así que, ¡manos a la obra este Adviento! Limpia el desorden, toma el martillo y deja que la gracia de Dios haga lo demás. Cuando Cristo venga, no solo encontrará una casa: encontrará un hogar digno del Rey de Reyes.